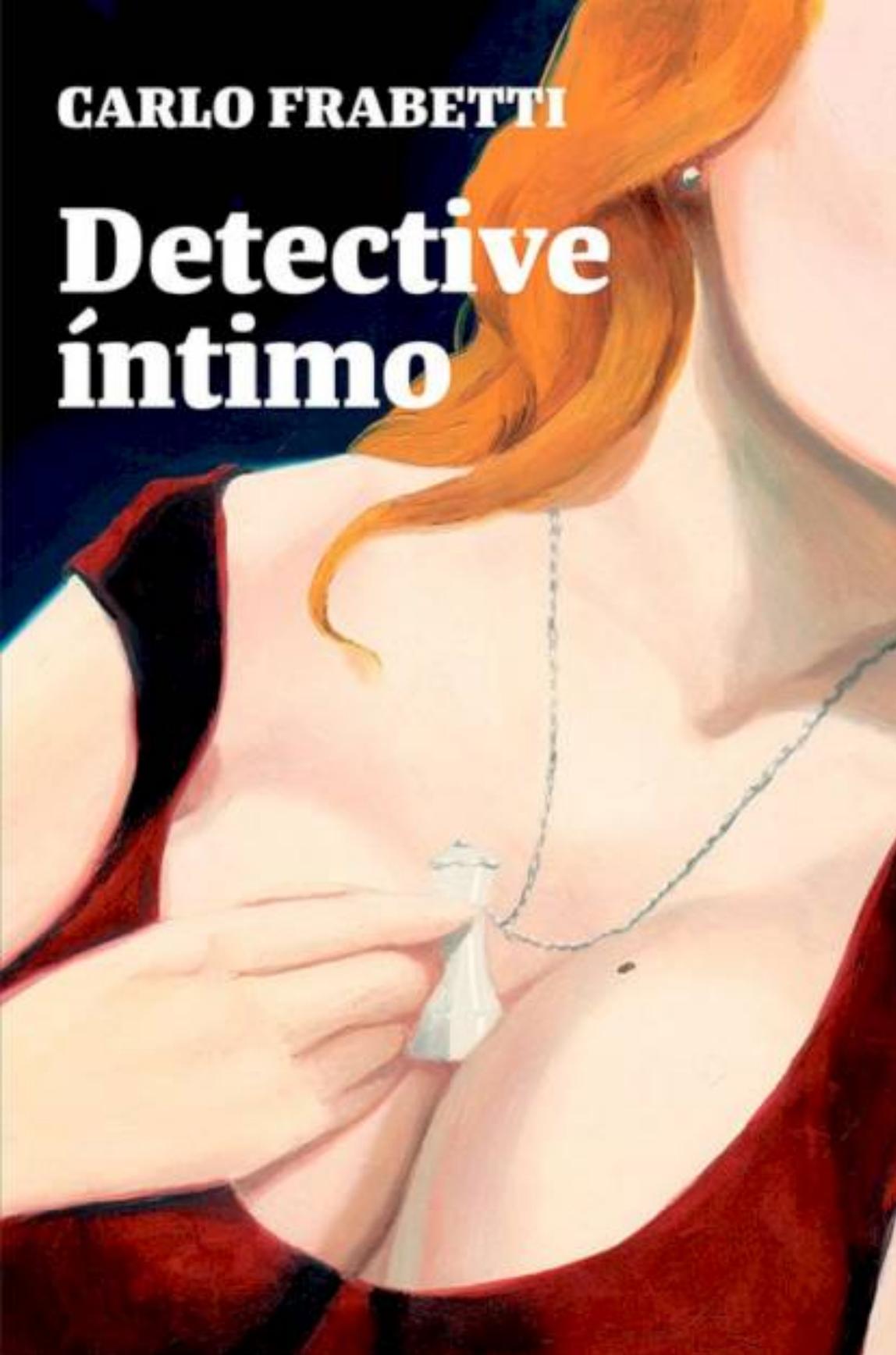


**CARLO FRABETTI**

**Detective  
íntimo**



¿Quién es el detective íntimo?

Descubre a este atípico investigador que desvela los secretos y pulsiones más salvajes y enrevesadas de sus clientes y las incógnitas más ocultas de la literatura.

Si un detective privado se ocupa de la vida privada de sus clientes, el detective íntimo se ocupa de su vida íntima, lo que lo convierte en una especie de atípico psicólogo/investigador que resuelve los más abstrusos problemas intelectuales y emocionales con la ayuda de su tía Marta, una mujer tan imaginativa como audaz.

A su despacho llegan un sinfín de personajes peculiares con otras tantas peticiones sorprendentes, que van desde completar un poema de Cadalso, a desvelar el sentido oculto de una partida de ajedrez o averiguar por qué Chesterton eliminó a uno de sus personajes más logrados. Su caso más especial y complejo llevará al protagonista a sumergirse en el intenso drama familiar de Leonor, una atractiva escritora que ha «perdido» su última novela.

*Detective íntimo* es una lectura dinámica, con diálogos brillantes, constantes referencias a la literatura universal, y altas dosis de humor sarcástico.

A Teresa Inglés y Montserrat Roig,  
domadoras de diablos.  
*In memoriam.*

Car si l'hom és a mals aparellat,  
la veu de Mort li és melodiosa.

AUSIÀS MARCH

## El ángel recaído

## *La mitad de la historia*

Como le advierte a Scaramouche su enigmático maestro de esgrima, la espada es un pájaro: si lo sujetas con demasiada fuerza, lo ahogas; si no lo sujetas con la fuerza suficiente, se escapa. Y con la atención ocurre algo parecido: si es escasa, las ideas no llegan a cuajar y se escurren como agua (o más bien como una sopa espesa) entre los dedos de la mente; pero una concentración excesiva puede hacernos perder de vista el contexto y dificultar las asociaciones libres. Por eso la clave del pensamiento lateral es la atención flotante. Y el pensamiento lateral es la clave de mi trabajo.

Pero hay clientes que no te permiten relajarte ni un segundo y mucho menos flotar, que te obligan a estar todo el tiempo, más que atento, alerta, como si fueran a atacarte de un momento a otro. Y a veces lo hacen.

—En esencia, se trata de capturar a un demonio —dijo el hombre que estaba sentado al otro lado de mi escritorio, con sus ojos enrojecidos clavados en los míos y los músculos en tensión, como un lobo famélico.

Alto y delgado, de unos cuarenta y cinco años, cabello tupido y oscuro veteado de canas precoces, rostro anguloso y simétrico, barbilla partida, muy pálido, vestido de gris... Parecía un galán de los años cincuenta recién salido de una película de terror en blanco y negro, con sus ojos inyectados en sangre como única nota de color.

—Verá, no sé si está usted bien informado con respecto a mi trabajo —repliqué escogiendo cuidadosamente las pa-

labras—. Yo no soy un exorcista ni...

—Es usted un detective íntimo, ¿no es cierto? —me interrumpió él sin disimular su impaciencia—. Un criptodetective, un investigador de lo subyacente, de los deseos inconfesables y los sentimientos salvajes.

—Se podría definir así, pero...

—¿Y qué son los demonios sino apetitos desordenados y afectos furiosos? El demonio de los celos, el monstruo de ojos verdes...

—Pero eso son metáforas. En realidad...

—¿Hay algo más real que las metáforas, cuando hablamos de sentimientos?

—¿Por qué no me lo cuenta todo desde el principio? —le propuse tras una pausa.

—Si pudiera contarle todo, no estaría aquí pidiéndole ayuda. Un demonio interior es una construcción lingüística, un conglomerado de palabras envenenadas, un nudo de víboras verbales, de oraciones viciosas que se muerden la cola. Si pudiera contarle todo, el demonio se desmadejaría, se disolvería en el aire del aliento. Pero sí, de acuerdo, intentaré decir todo lo que quepa en una línea.

—No hace falta que sea tan escueto. Puede extenderse todo lo que quiera.

—Un relato verbal, por extenso que sea, siempre es una línea. Aunque mida cientos de metros y esté dividida en miles de segmentos, como en los libros, sigue siendo una línea única y unidimensional que se recorre en una sola dirección, y mi historia, cualquier historia verdadera, es un amasijo de dimensiones espaciotemporales, un nudo gordiano de contradirecciones y sinsentidos... ¿Quiere que empiece por el principio? De acuerdo, finjamos que las cosas tienen un principio y pueden tener un final... Yo era profesor de Ética en la facultad de Filosofía y Elia asistía a mis clases... Sí, ya sé lo que está pensando: el viejo tópico del profesor y la alumna. Y tiene razón, así es, así fue... Elia tenía veinte años y yo treinta y cinco, y al principio ni si-

quiera me fijé en ella. Ni en ninguna otra alumna, nunca me han interesado las jovencitas. Un día, en la cafetería de la facultad, oí a un grupo de chicas que hablaban de ella. Tengo el oído muy fino y a veces oigo cosas que sería mejor que no oyera. «Elia es una golfa —dijo una de las chicas—, se ha acostado con tres tíos en una semana». «Y también se tira a los profesores», añadió otra, y todas rieron a coro. Entonces me acerqué a ellas y, de forma cortés pero firme, les reproché que estuvieran vituperando a una compañera a sus espaldas. Unos días después, Elia vino a mi despacho a darme las gracias... Por cierto, fue la única vez que me dio las gracias por algo... No quiso decirme cómo se había enterado ni habló mal de sus compañeras, lo cual me pareció de una gran dignidad por su parte. «Me caes muy bien —dijo con una sonrisa al marcharse—, pero no te hagas ilusiones: no es verdad eso de que me tiro a los profesores». Y yo, por hacerme el gracioso, por parecer mundano, pronuncié la frase que sería mi ruina. «Qué pena», dije. Y entonces Elia se detuvo en seco, con la mano en el picaporte de la puerta de mi despacho. Me miró muy seria durante un minuto interminable; pensé que estaba molesta, que iba a hacerme algún reproche; pero lo que hizo fue cerrar la puerta con llave y luego, muy lentamente, empezó a desnudarse... A veces nos enteramos de que alguien estaba vivo al ver su esquila en el periódico. Yo me enteré de que estaba muerto al renacer en ella, con ella. Estaba tan llena de vida, de curiosidad, de ganas de aprender... Al principio, Elia mantenía las distancias. No en la cama, desde luego, pero... Más con su actitud que con palabras, me daba a entender que no quería comprometerse ni hacerse demasiadas ilusiones, ni permitir que yo me las hiciera. Pero al cabo de unas semanas empezamos a vernos casi todos los días y a dormir juntos casi todas las noches. Y entonces me asusté, y se lo dije. Le dije que respetaba plenamente su forma de plantearse las relaciones amorosas, pero no la compartía. Del mismo modo que yo no podía ni quería

acostarme con otras mujeres, no podía ni quería compartirla a ella con otros hombres. Y ella me dijo, y yo la creí, que tras haber experimentado conmigo la plena fusión entre confianza, afecto y sexo, no se planteaba siquiera la posibilidad de acostarse con otro. Fue el día más feliz de mi vida. Deseé que hubiera un Dios para poder darle las gracias.

Su torrente de elocuencia se congeló de golpe. Incliné (o más bien dejó caer) la cabeza hacia delante y quedó inmóvil, con la barbilla clavada en el pecho.

—¿Cuánto tardó en acostarse con otro? —pregunté tras una larga pausa.

—Seis meses —contestó él con voz átona, sin levantar la cabeza—. Aunque supongo que debería añadir «como máximo»... Un día empecé a notar un intenso picor en el glande, fui al médico y me dijo que tenía una infección venérea. Estaba tan convencido de que no había podido contagiármela ella, que se lo conté casi con vergüenza, como excusándome: «Te aseguro que no he estado con otra —le dije—. La habré cogido en el gimnasio, alguien habrá usado mi toalla sin decírmelo». Y entonces me confesó que se había acostado con otro el fin de semana anterior, mientras yo estaba de viaje. El viernes había hecho el amor conmigo, el sábado y el domingo había estado con otro, y el lunes había vuelto a hacer el amor conmigo. No podía creerlo, literalmente... La traición es increíble. Porque si alguien en quien confías plenamente te defrauda, se desgarran la red de pequeñas certezas cotidianas que te sostiene, te derrumbas sin remedio. Por eso es tan frecuente que la persona traicionada sea la última en enterarse, porque la traición es increíble. Es como mirarse al espejo y ver a otro... «¿Cómo has podido?», balbuceé, y ella contestó a mi desesperada pregunta retórica con un encogimiento de hombros y una escueta frase que sería mi sentencia de muerte: «Como los animales». Créame, no sentí celos, ni rabia, ni indignación; solo pena y horror, un horror sin límites y una inmensa pena que no dejaban lugar para ningún otro sentimiento o

emoción; pena por los dos, por ella y por mí, por todo lo que habíamos perdido absurdamente... Estuve casi un mes sin salir de casa, sin ver a nadie, sin hablar con nadie, sin comer. Irónicamente, me salvó la infección: el intenso picor hacía que de vez en cuando me levantara como un sonámbulo y fuera al cuarto de baño a lavarme bajo el chorro del grifo del lavabo, y de paso, mecánicamente, cogía un poco de agua en el cuenco de la mano y bebía unos sorbos; de lo contrario, habría muerto deshidratado... Un amigo que vivía cerca y tenía una llave de mi casa, extrañado de llevar tanto tiempo sin verme, acabó entrando, me encontró tirado en el suelo y llamó a una ambulancia... Y allí, en el hospital, apareció el demonio.

—¿Qué aspecto tenía? —pregunté, más que nada para aliviar la tensión de su súbita pausa.

—¿Se burla de mí o me toma por loco? —replicó con los ojos encendidos.

—Ni una cosa ni otra, por supuesto. No estaba pensando en una alucinación —mentí—. Pero el demonio es un arquetipo de nuestra cultura, todos lo vemos de una forma u otra..., en nuestra imaginación.

—¿Cómo lo ve usted?

—Como un ser informe y gris, plumizo, de lengua viscosa y negra.

—Para mí es un ruido interior, un estruendo furioso que acaba articulándose, convirtiéndose en una voz. Coincidimos en lo de la lengua viscosa y negra, aunque yo no la visualizo, solo la siento como una serpiente que reptaba y se retuerce en mi interior... Estaba tumbado boca arriba en la cama del hospital, con los ojos clavados en el techo, cuando el demonio empezó a reír dentro de mi cabeza. Una risa furibunda que acabó cuajando en palabras obscenas y pegajosas, como un chorro de sangre que se coagula... «Solo un pobre imbécil como tú podía poner todo su afecto y toda su confianza en una perra salida para la que tus caricias más delicadas y tu ternura reverente valen menos que los

empujones de una polla sucia que convirtió tu sagrado templo del amor en una inmunda cloaca infestada de gérmenes repugnantes y ni siquiera tuvo la mínima consideración de usar condones como habría hecho hasta la más tirada de las putas...».

Se detuvo para tomar aliento, pues al parecer su demonio interior hablaba sin puntos ni comas.

—Deseé que hubiera un Dios para poder maldecirlo —prosiguió con un hilo de voz al cabo de unos segundos—. No podía soportar la idea de que, un día después y un día antes de hacer el amor conmigo, la persona a la que más quería hubiera sido un trozo de carne en manos de un lujurioso... Si se hubiera enamorado de otro, el dolor no habría sido mucho menor; pero al menos habría podido seguir respetándola y respetándome a mí mismo. Si lo hubiera hecho después de una pelea, o en un momento de distanciamiento... Pero directamente pasó de mis caricias llenas de ternura a hacerlo «como los animales», según sus propias palabras... Ni planeándolo minuciosamente podría nadie haberme asestado un golpe tan duro. Un golpe como del odio de Dios... Pero resistí. No podía acallar los rugidos del demonio interior; pero sí que podía evitar que salieran al exterior y llegaran hasta Elia, y a ello dediqué todas mis energías. Retuércete y ruge cuanto quieras, le decía al demonio, no conseguirás ni siquiera rozarla con tu lengua venenosa, pues para ello tendría que prestarte yo la mía... No le dije a Elia ni una mala palabra, no le dediqué una sola mirada despectiva, y, aunque la inseguridad acabó con el deseo, no permití que el horror y el asco ahogaran el afecto... Poco a poco nos fuimos distanciando, pero en ningún momento pudo ella sospechar siquiera la existencia del demonio que me roía las entrañas. Y al cabo de un tiempo se fue a vivir a otra ciudad.

Parecía el final del relato. Tras una larga pausa, consulté mis notas y dije:

—Si no recuerdo mal, ha empezado diciendo que había que capturar al demonio.

—¿Eso he dicho? —preguntó súbitamente sobresaltado—. Sí, eso es lo que he dicho —se contestó a sí mismo.

—Pero si ese demonio está confinado dentro de su cabeza, si no ha conseguido escapar, ni tan siquiera asomarse al exterior o manifestarse ante los demás...

—Solo le he contado la mitad de la historia —me interrumpió con los ojos llenos de lágrimas—. Tendrá que disculparme, pero ahora mismo no estoy en condiciones de continuar.

## *La otra mitad*

**S**i un detective privado ha de ganarse la confianza de sus clientes, un detective íntimo, además, ha de ganarse su estima. Así que no le cobré nada por la visita y le dije que podía volver cuando quisiera.

Volvió al cabo de una semana.

—He seguido su consejo —dijo nada más sentarse frente a mí, al otro lado del escritorio.

—No recuerdo haberle dado ningún consejo; de haberlo hecho, le habría cobrado la visita —bromeé.

Sonrió levemente, lo cual era buena señal: quería decir que se tomaba la broma como una muestra de cordialidad.

—Sí que me lo dio —replicó asintiendo con la cabeza—. Me dijo que volviese cuando quisiera. Y eso he hecho: he esperado a tener ganas de venir; la primera vez tuve que obligarme a hacerlo.

—Celebro que haya sentido el deseo de volver... ¿Quiere que recapitulemos lo que hablamos el otro día?

—Yo no lo necesito; podría repetir lo que dije casi palabra por palabra.

—Para mí tampoco es necesario. Acabo de revisar mis notas.

—Entonces le contaré, sin más preámbulos, la otra mitad de la historia... Como le dije, Elia se fue a vivir a otra ciudad. Encontró una casa que le gustaba, pero no tenía dinero suficiente para pagar la entrada, y yo se lo presté. No me dio las gracias (nunca lo hacía), pero me aseguró que

me lo devolvería al cabo de unos meses... Han pasado seis años, y todavía no me ha devuelto ni un céntimo.

—¿Cuánto dinero le prestó?

—¿Tiene importancia la suma concreta?

—Desde luego, igual que importa el tiempo transcurrido. La cantidad se convierte en calidad.

—Le dejé seis mil euros. Todo lo que tenía ahorrado en aquel momento.

Seis meses, seis años, seis mil euros. Tres seises y un demonio. No me pareció oportuno comentarlo en voz alta. Tras una breve pausa, le pregunté:

—¿Y nunca se los reclamó ni le habló de ello?

—No, hasta hace un par de meses. Estoy pasando un mal momento, y sé que a ella no le va mal, tiene un buen trabajo... La llamé por teléfono y aludí al préstamo como de pasada. Se mostró sorprendida. No recordaba que le hubiera prestado ese dinero. Sencillamente, se había olvidado... No supe qué decir. Farfullé una excusa y colgué.

—Y el demonio interior ha vuelto a rugir.

—Y con más fuerza que antes. No lo entiendo... ¿Cómo es posible que el impago de una deuda desate más furia que una traición amorosa? Y así como la otra vez nunca permití que el demonio saliera de su encierro, ahora no puedo contenerlo... Empezó siendo amargamente sarcástico y obsceno, igual que antes... «Hace diez años no quisiste ver que era una puta y ahora no quieres ver que es una hija de puta y que solo un pobre imbécil como tú podía pensar que una persona tan atrocemente grosera e irresponsable en su conducta amorosa iba a comportarse mejor como supuesta amiga y a mostrar un mínimo de gratitud o tan siquiera de decencia y dignidad...». Pero su tono ha ido cambiando con gran rapidez y ahora ya no es sarcástico, sino suplicante: me pide de rodillas que lo deje manifestarse libremente para poder descansar de una vez por todas.

—Ángel vuelto a caer, diablo de hinojos... —dije para mí.

—¿Cómo dice?

—No, nada... Me he acordado de un soneto atribuido a sor Juana Inés de la Cruz (aunque probablemente apócrifo). Si un demonio es un ángel caído, un demonio de rodillas es un ángel vuelto a caer... ¿Hasta qué punto lo ha dejado manifestarse?

—Varias veces he cogido el teléfono con la boca llena de gritos e improperios, y solo en el último momento he logrado colgar; y le he escrito a Elia un par de cartas terribles, aunque no se las he enviado. Pero tampoco las he roto... ¿Por qué, después de tanto tiempo, el demonio vuelve a la carga con redoblada fuerza y no consigo contenerlo?

—Creo que la clave está en el «olvido» —dije marcando las comillas con los dedos—. Primero le dio a Elia todo su afecto y toda su confianza, y ella se olvidó de ese afecto y de su propia promesa; luego le dio todo su dinero, y ella olvidó la deuda material del mismo modo que había olvidado la deuda moral. La segunda traición, solo en apariencia menos grave, es una repetición de la primera. Como el ángel del amor, con el que se funde y confunde, el ángel que ella era para usted volvió a caer. Y ahora se arrastra por el fondo de su mente. No en vano se suele representar al diablo como un reptil.

—¿Por qué dice que la segunda traición es menos grave solo en apariencia? ¿No lo es realmente?

—No. Porque olvidarse de un préstamo tan generoso supone olvidar también el afecto y la confianza de quien lo concedió. Por otra parte, las relaciones sentimentales son sumamente complejas y, por eso mismo, difíciles de controlar, incluso de comprender. Por eso se habla de «deslices» amorosos, resbalones súbitos que nos hacen perder el equilibrio por un momento. O por un fin de semana... Pero una deuda económica es algo muy simple y muy concreto, tan concreto que se expresa mediante un número, y «olvidarse» durante seis años del compromiso de devolver el di-